

LAURA KLEIN



Filósofa, poeta, ensayista. Libros publicados de ensayo: *Fornicar y matar – El problema del aborto*, Planeta (2005) reed. como *Entre el crimen y el derecho* (Booket 2013 y 2018); *Fornicar e matar e outros ensaios* (Rio de Janeiro, 2017); *Más acá del bien y del mal*, Red Editorial (2019); *Aborto-La discusión mal-dita* (Ed.digital, 2021). Y de poesía: *A mano alzada* (1986); *Vida interior de la discordia* (1994, Premio Boris Vian); *Bastardos del pensamiento* (1997); *La bruta bruz* (2010); *La comedia de los panes* (2011). Sitio web: lauraklein.com.ar

18

1. Y, cada tanto, Sade –escribe Germán García– encontrando en esa insistencia el antecedente del “sujeto burgués liberado de la tutela”. La actualidad de la máxima sadiana convertida en imperativo: “sólo tuyo es tu cuerpo; sólo tú tienes en el mundo el derecho de gozar de él, y de hacer gozar con él a quien te plazca”, tropieza con aquella otra que Jacques Lacan deduce de su *Filosofía en el tocador*: “tengo derecho a gozar de tu cuerpo, puede decirme quienquiera, y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él”. El llamado al legislador parece estar asegurado.

¿Qué podría decirnos sobre semejante callejón sin salida?

En los discursos en boga sobre el derecho a la propiedad del propio cuerpo se da por sentado que, abolida la esclavitud, las leyes nos confieren ese derecho. Sin embargo, ni siquiera el más rabioso individualismo logra erigir (o más bien rebajar) al cuerpo como propiedad privada del sujeto de derechos. Pese a la codicia, la precipitación o la necedad de muchos alegatos contemporáneos, no tengo derecho ni a quemar mis mil hectáreas de bosque ni a exigir de un servicio médico que me corten la pierna o la oreja porque, total, son míos. (Las intervenciones sobre el cambio de sexo o sobre los órganos reproductivos –ligadura de trompas, vasectomía– no entran jurídicamente en el campo de las mutilaciones.) La distinción que señala agudamente Yan Thomas respecto del derecho romano, si no es una materia sigue vigente: una cosa es la propiedad privada y otra la disponibilidad sobre aquello que nos pertenece.

En los albores de la modernidad, John Locke, el padre del liberalismo, postuló la relación con la propia persona como fundamento de la propie-

dad privada, estableciendo por naturaleza los derechos de cada individuo al usufructo de su vida, su cuerpo y el trabajo de sus manos. En el mismo acto, asienta así la posibilidad de alienarla, intercambiarla, prestarla, alquilarla o venderla.

“Mío” o “tuyo”, y la posibilidad de que la tortilla se vuelva, derivan de aquel postulado que hoy estalla en la maternidad subrogada o en la venta de órganos. Se chocan aquí el lenguaje de las consignas y la vida cotidiana con la tradición del derecho, que nunca en su historia cedió al cuerpo como propiedad, ya que sería convertirlo en una cosa --en una propiedad alienable--, precisamente aquello contra lo cual la propiedad de la propia persona se alzó.

2. El sintagma diversidad trajo una renovación en materia de derechos que puso en agenda a las disidencias sexuales. Esto incrementó las “posibilidades” del género, convirtiendo a su vez las “prácticas sexuales” en sendas identidades (auto-percibidas), que funcionan como etiquetas de los diferentes agrupamientos colectivos, en cuya base se renueva paradójicamente, los motivos de la segregación.

En este sentido: “¿por qué muchos sería mejor que dos?” es la pregunta irónica que le proponemos responder.

La pregunta irónica da en un clavo: ciertamente, el dos no es demasiado diferente del doce o del veintitrés millones. Pero la cuestión que aquí está en juego no es la cifra, sino cómo ciframos el problema. Se trata de si la multiplicidad en cuestión es numerable, o si se trata de otro tipo de multiplicidad en la cual los cambios no se producen por adición ni culminan en ella. (Podría decirlo en otros términos, tampoco libres de ambigüedades: si hablamos de multiplicidad o de pluralismo.) La



paradoja consiste, entonces, a mi modo de ver, en pasar, sin advertirlo, de una *multiplicidad cualitativa* a una *multiplicidad numérica* (v.gr. Bergson y sus devenires en Deleuze). La diversidad no reside así en lo medible, sino en otro plano donde las diferencias no son enumerables: el plano en que se interpenetran los estados de modo tal que ya no se distinguen de los pasajes. El dos o el doce entonces es igual, en tanto que encierran la vida, las vidas, en individualidades.... Y, *last but not least*, ¡como si uno fuera Uno!

Hay un cuento de Borges, “Tigres azules”, donde el paradigma mismo de la identidad –el número– se descentra y ya no se mantiene igual a sí mismo. Si de esto se trata la apuesta de la diversidad, cualquier enumeración (una necesidad política, por ahora) destruye el núcleo del tiempo y nuestras mutaciones. Así el conflicto trágico toma una resolución dramática.

La ironía, para mí, es más amarga. Se trata de cómo, en la aspiración a que se reconozca que hay otros modos de existir para que no te muelan a palos en la calle o en la comisaría, la operación de este reconocimiento simbólico culmina en el encierro en esa diferencia (diferencia que aspira a inscribirse en la grilla de identidades sociales como carta de ciudadanía). Cómo, arrancando de una experiencia fluida, se llega a invocar identidades encerradas en el casillero de su diferencia. Se trata de cómo el impulso comienza en la singularidad y cristaliza en una identidad –la búsqueda devorando el motor de la búsqueda. En el acto mismo de la revuelta contra la identidad, su solidificación. Pero alerta con tomar el punto de llegada por el punto de partida.

3. “El amo de mañana, comanda desde hoy”, es un adagio enunciado por Jacques Lacan como corolario de la agitación de mayo del 68, en un texto que respondía a la solicitud del diario *Le monde*, y que no fuera publicado. El presente toma otro relieve, si lo lee bajo el lente de este adagio.

A su juicio, ¿qué fantasmas se agitan y qué goces son prometidos por ese amo hoy apenas entrevisto?

La dialéctica entre presente y futuro que marca el adagio instauro un mañana virtual estrictamente presente: ese mañana como continuidad del presente es la mayor amenaza, la treta más lograda del amo que sujeta al tiempo en una cinta lineal donde sucederá “lo que tenía que suceder”.

Lo mejor de la libertad, decía Nietzsche, es lo que

cuesta conquistarla. Desde el pie que se apoya en el piso al salir de la cama hasta el goce que se neutraliza al convertirse en derecho, son comienzos; se abre alguna rendija que antes no existía, se configuran nuevos muros y nuevos horizontes, desiertos o llenos de ventosas y ventanas. Por ejemplo, la promoción de la figura de la víctima a la que estamos asistiendo no estaba en el horizonte de las luchas que la catapultaron, ni el espíritu policial y solemne de la nueva ortodoxia en los movimientos de liberación sexual que les dieron origen/que las dieron a luz/de los que surgieron y de los cuales son sus oficiales herederos.

Precisamente porque el futuro no está en el futuro, anticipamos. Y sin esta anticipación y sin la interna premura por ella, nos dice Franz Rosenzweig, “sin que se quiera traer al Mesías antes de tiempo, y sin la tentación de forzar el Reino de los Cielos”, el futuro no es el futuro, sino un pasado estirado en una longitud infinita y proyectado hacia delante, y el instante algo que se va perpetuamente arrastrando por la larga carretera general del tiempo. Así, cuando el amo que comanda hoy comparezca, si lo hace, ya no será el mismo, ni sus fantasmas ni sus promesas.

4. La lectura de Lacan advierte sobre la ingenuidad del sujeto que cree que él es él, la más común de las locuras, fundada en la fantasía de un “ego autónomo” cuyo correlato es la ideología de la libre elección.

¿Cómo concibe el empuje del prefijo “auto” que convalida de modo nuevo el viejo mito de la identidad personal?

Por un lado, la ingenuidad del sujeto que cree que él es él. Por el otro, la ingenuidad de los cultores de la teoría crítica del sujeto que creen que, hecha la crítica de la identidad personal como mito de una autonomía que nunca existió, el mito se da cuenta que es viejo y se cae. ¿No estarán más cercanos de lo que quisieran?

El estupor por la pervivencia del viejo mito de la identidad personal habla más de nuestra ingenuidad (la de quienes “sabemos” que es un mito) que de sus adeptos acrílicos. Que Nietzsche, Marx, Freud y otros hayan vapuleado la superstición racionalista de la libre elección y la ilusión del Yo que, conociéndose a sí mismo, es conductor de sus actos, no significa en absoluto que estos hayan desaparecido, ni siquiera que estén en peligro.



Este azoramiento ante la persistencia del “viejo mito”, más que hablar de los giles que aún no se dieron cuenta, habla de la *intelligentzia* que presume todavía que el conocimiento es condición necesaria y suficiente para motorizar los cambios a los que su entendimiento alcanza.

La creencia en los discursos de ideas como razón suficiente para trastornar los modos de sentir y pensar revela una insospechada confianza en el Progreso: ¿cómo, si la teoría ha demostrado y mostrado esa ingenuidad del *ego* autónomo, todavía persiste?

Nunca ha dejado de estar vigente, el viejo mito. Me trae la frase de Baudelaire: “la mejor treta del diablo fue hacernos creer que no existe”.

